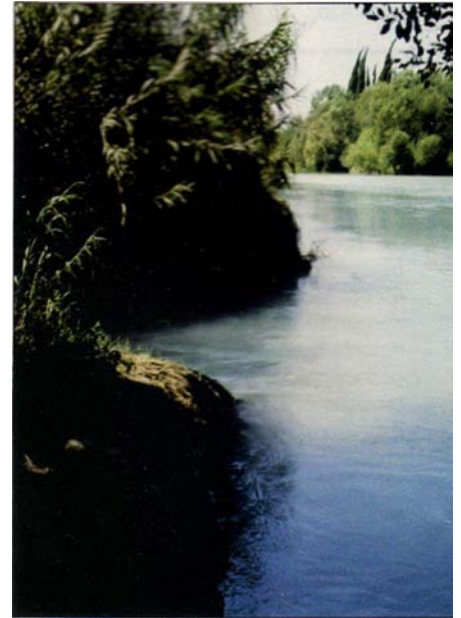




PABLO DE TARSO

SEVERIANO BLANCO

El Año de San Pablo comenzará el 28 de junio de 2008 y concluirá el 29 de junio de 2009. Será como un pequeño Jubileo para recordar y celebrar el bimilenario del Apóstol de las gentes. Con este motivo, la Iglesia, y también la Familia Paulina, están preparando programas de acontecimientos extraordinarios en diversos campos. «Cooperador Paulino» se suma a esta iniciativa con una serie de artículos de un gran estudioso del Apóstol: el claretiano Severiano Blanco.



El gigante de los orígenes

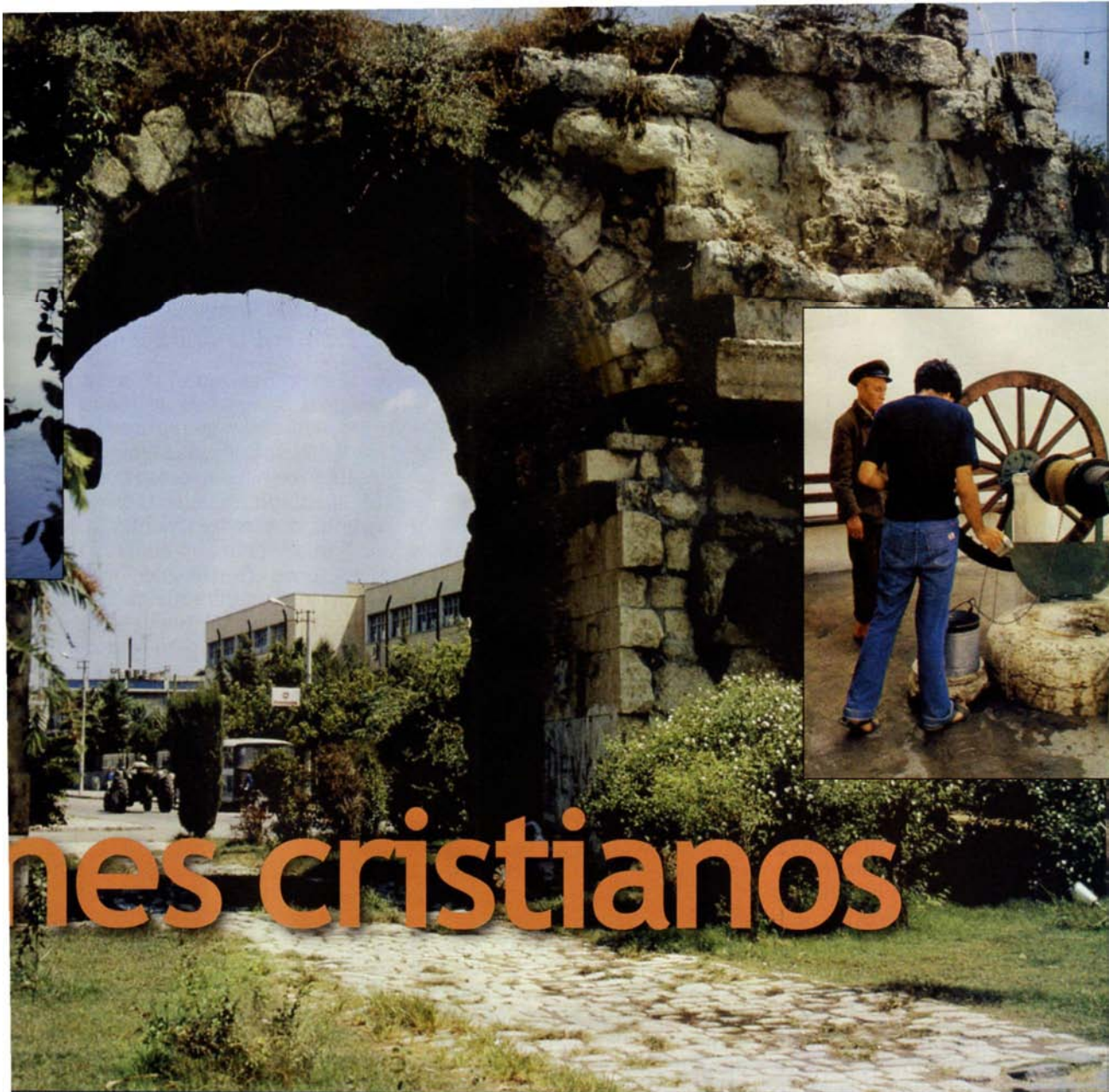
Cuando los creyentes nos proponemos entrar en contacto con nuestras raíces más primigenias, nos encontramos con una cierta nebulosa. Parece que Jesús murió hacia el año 30 de nuestra era, y a partir de ese momento comienza la difusión de su mensaje en diversidad de formas y en múltiples direcciones. Las antiguas leyendas asignaron a cada apóstol un campo de trabajo, una región del mundo, entrando a veces en contradicciones entre sí respecto del lugar y forma de fallecimiento o de martirio.

También sobre Pablo de Tarso se formaron algunos escritos apócrifos y legendarios, de los que el más célebre es el llamado «Hechos de Pablo y Tecla». Pero sobre este peculiar apóstol no hubo tantas posibilidades de legendarización, pues una serie de escritos neotes-

tamentarios son capaces de satisfacer, en buena medida, nuestra comprensible y sana curiosidad sobre él.

En efecto, Pablo es el personaje mejor conocido de los orígenes de la Iglesia, y, según los estudiosos, el único cristiano del siglo primero sobre el que se puede componer una auténtica biografía. Es significativo que nuestras Biblias impresas, que -dadas las diferencias entre los Evangelios- no son capaces de ofrecernos un itinerario coherente de la actividad de Jesús; siempre incluyen entre sus mapas uno en que se trazan los célebres «cuatro viajes» de Pablo.

El nombre de *Pablo*, a veces en su forma arameizante de *Saulo*, aparece en el Nuevo Testamento un total de 173 veces; exceptuado Jesús (905 menciones), solo Pedro/Simón/Cefas, por escasa diferencia, le supera: es nombra-



nes cristianos



Sobre estas líneas: la llamada «Puerta de San Pablo», en Tarso. A la derecha, el «Pozo de San Pablo», cerca de su presunta casa natal. Abajo: Eski Cami, iglesia paleocristiana dedicada a san Pablo, posteriormente transformada en mezquita. En la página de la izquierda: arriba, el río Cidno, que pasa cerca de la ciudad de Tarso. A la izquierda: san Pablo en un mosaico del siglo XI, que se encuentra en el Monasterio de Delfos (Grecia).

do 183 veces. Pero, si del total de menciones de Pedro restamos las repeticiones de evangelio a evangelio, resulta ser Pablo el cristiano más veces nombrado en el Nuevo Testamento. A nombre suyo nos han llegado 13 escritos del Nuevo Testamento; y el libro que llamamos *Hechos de los Apóstoles* (algunos le llaman *Hechos de los Dos Apóstoles*, ya que sólo se ocupa de Pedro y Pablo) está dedicado casi en exclusiva a la peripecia misionera de san Pablo; de sus 28 capítulos, los trece últimos no mencionan

a ningún otro apóstol, y los catorce primeros están orientados a establecer los necesarios eslabones entre Pablo y Jesús: Iglesias de Jerusalén y Antioquía (y Damasco), actividad de Pedro y Bernabé, etc.

Importancia de nuestro conocimiento de Pablo

A ningún otro personaje de los orígenes cristianos se consagra un libro del Nuevo Testamento.

En cuanto podemos saber, Pablo de Tarso, inicialmente per-



Sobre estas líneas, Pablo habla en el Concilio de Jerusalén, en el filme «Los Hechos de los Apóstoles», de Rosellini. A la derecha, arriba: las excavaciones junto al muro meridional del Templo de Jerusalén; debajo: la explanada del Templo, en la que destaca la mezquita de Omar. Abajo: Pedro y Pablo, en un fresco italiano del siglo XV.

seguidor fanático del cristianismo y luego apóstol entusiasta de la causa de Jesús, fue el personaje que más contribuyó a la difusión de esta nueva forma de fe judía; porque esto debe tenerse en cuenta: Pablo nunca pretendió cambiar de religión, sino vivir un judaísmo de madurez, tal como él lo enuncia escribiendo a los filipenses: «los verdaderamente circuncisos (= judíos) somos nosotros, los que realizamos el culto llevados por el Espíritu de Dios y ponemos nuestro orgullo en Cristo Jesús» (Flp 3,3).

La propagación de esa forma madura de relación del hombre con Dios fue para Pablo la razón de su vivir; a ella entregó todos los recursos de su riquísima personalidad. Escribiendo a los Corintios acerca del ministerio apostólico, formula de manera impersonal algo que, sin duda, él vive apasionadamente: «Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos» (2Cor 5,15). En la carta a los Romanos, quizá cronológicamente el último de sus escritos, llega a decir con no disimulada satisfacción: «desde Jerusalén hasta la Iliria, y en todas las direcciones, lo he llenado todo del Evangelio de Cristo» (Rm 15,19). Pero no por ello considera haber completado ya su carrera; en ese momento traza el plan de visitar Roma, a donde ya ha llega-

do el Evangelio por obra de otros misioneros, y desde allí encaminarse a España (Rm 15,24.28), al extremo del mundo entonces conocido, para predicar también allí el Evangelio. Su ilusión es ser padre fecundo de nuevas comunidades para Cristo, anunciándole donde todavía no se haya oído pronunciar ese nombre. Explica este su propósito con un texto profético, ahora muy significativo para él, texto originariamente referido a un acontecimiento complejo y extraño, pero que en la pluma de Pablo recibe un contenido estrictamente personal, centrado en el Jesús a quien él anuncia: «le verán aquellos a quienes nadie había hablado de él; le conocerán quienes sobre él nada habían oído» (Rm 15,21; Is 52,15).

Casi sin pretenderlo, Pablo nos fue dejando pequeñas reseñas de esa su actividad evangelizadora febril. Las comunidades cristianas que funda pasan sus «crisis de crecimiento», y el Apóstol es para ellas, además de misionero-fundador, el pastor solícito que «sufre fiebre cada vez que uno de sus fieles enferma» (2Cor 11,29), e intenta aplicarles el remedio oportuno.

Así, al ir desgranando pequeños detalles de sus quehaceres, Pablo se convierte para nosotros en el gran informador acerca de la vida de la Iglesia naciente. Para conocer ésta es indispensable se-

guir los afanes apostólicos del convertido de Damasco.

Información abundante y desigual

Insistimos en que Pablo es el personaje del Nuevo Testamento sobre el que, después de Jesús, más información poseemos. Pero no toda tiene el mismo valor, y su manejo exige algunas precauciones.

En primer lugar, hoy es de dominio común que no todas las cartas que nos llegan a nombre de Pablo son suyas. El influjo del Apóstol fue tan clamoroso que, tras él, quedaron escuelas teológicas, grupos que reflexionaban sobre su pensamiento y lo adaptaban a situaciones eclesiales nuevas; que recordaban su creatividad organizativa en las comunidades y se inspiraban en ella para responder a los nuevos retos. Estos autores eran conscientes de su limitada inventiva, de que, sin la herencia del Apóstol, poco podrían ellos decir o hacer; la honestidad los llevó a atribuir sus escritos a quien realmente vivía detrás de ellos. La crítica más común atribuye a Pablo un total de siete cartas: 1Tes, 1Cor, 2Cor, Flp, Gal, Fm y Rm; las demás que vienen a su nombre deben ser de discípulos suyos, unos más cercanos -quizá sea el caso de la carta a los Colosenses-, otros a mucha mayor distancia: las cartas a Timoteo y Tito. En éstas encontramos una Iglesia muy estructurada, que ya no cuenta con una pronta vuelta del Señor y se organiza para una larga duración en la historia. Sin embargo estos





Autobiografía escasa y «peculiar»

En una carta siempre hay mucho de autobiográfico; se dice que «la carta es la persona». Pero a este principio Pablo le puso conscientemente un poderoso dique: «no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor; a nosotros todo lo más como siervos vuestros a causa de Cristo» (2Cor 4,5).

A otra comunidad escribirá que «ninguno de nosotros vive para sí mismo» (Rm 14,7). En cumplimiento de ello, Pablo no escribe sus cartas para contar la propia vida; no abundan en ellas los pasajes autobiográficos; y los pocos que encontramos nos vienen frecuentemente lastrados por la polémica, pues Pablo suele contar «sus batallas» casi exclusivamente cuando se siente «atacado». ¿De qué forma? Sus enemigos, que no fueron pocos, sabían muy bien cómo sacarle de sus casillas: poniendo en duda su categoría de Apóstol. La polémica hace que la información adolezca en bastantes casos de cierta parcialidad. Un ejemplo nos lo aclarará; en Gal 2,1-15, Pablo narra dos momentos cruciales de su vida: el llamado «concilio» de Jerusalén y el «conflicto» de Antioquía.

Pues bien, es ilustrativo observar que el Apóstol nos informa sobre el resultado de la discusión conciliar: los de Jerusalén le reconocieron como apóstol a su mismo nivel, y reconocieron igualmente la legitimidad de su predicación; pero Pablo nos oculta el desenlace de su enfrentamiento con Pedro y otros judeocristianos en Antioquía, sin duda porque no obtuvo el éxito que pretendía.

No obstante esta limitación, los textos autobiográficos de Pablo son de un valor incalculable, no sólo por lo que nos dicen de él, sino también de la vida de la Iglesia naciente. Los dos pasajes que acabamos de mencionar se refieren a los acontecimientos más determinantes del rumbo de aquella Iglesia, con sus diferencias y sus tensiones. Cuando Pablo, en Gal 1,14, habla de su antigua actividad persecutoria, nos narra de paso los problemas de crecimiento de la Iglesia; cuando, en 1Cor

escritos «de escuela» no son insignificantes para nuestro conocimiento del Apóstol; conservan muchos recuerdos auténticos y nos muestran la «fermentación» de su pensamiento.

Pero, indudablemente, nada nos proporciona un contacto tan inmediato con Pablo como las cartas salidas de su mano (o de su dictado). Él es probablemente el único personaje conocido de la época neotestamentaria del que nos han llegado escritos personales; la crítica actual considera generalmente que la atribución de los Evangelios a los personajes a cuyo nombre se nos han transmitido debe de ser pseudónima; y

otro tanto cabe decir del resto del epistolario (cartas de Pedro, Juan, Santiago, Judas).

Pero las cartas de Pablo en parte sacian nuestra curiosidad y en parte nos abren más el apetito. El hecho de ser cartas les da un carácter fragmentario, coyuntural, cuyas circunstancias de composición a veces se nos escapan; la carta es, normalmente, un escrito de conocido a conocido(s), por lo cual el autor no necesita explicar todos los temas en detalle; muchas veces le basta con alusiones. Por tratarse de algo tan personal y coyuntural, Pablo no nos deja una «suma teológica», un escrito en que sistematice su pensamiento.

Pablo es el personaje mejor conocido de los orígenes de la Iglesia, y, según los estudiosos, el único cristiano del siglo primero sobre el que se puede componer una auténtica biografía.

15,3-8 nos dice que el Resucitado se le apareció finalmente a él, nos presenta a todo un grupo de testigos de primera hora, y hasta nos transmite fórmulas kerigmáticas que debían de circular por todas las comunidades: «os transmití lo que yo mismo recibí, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras...»

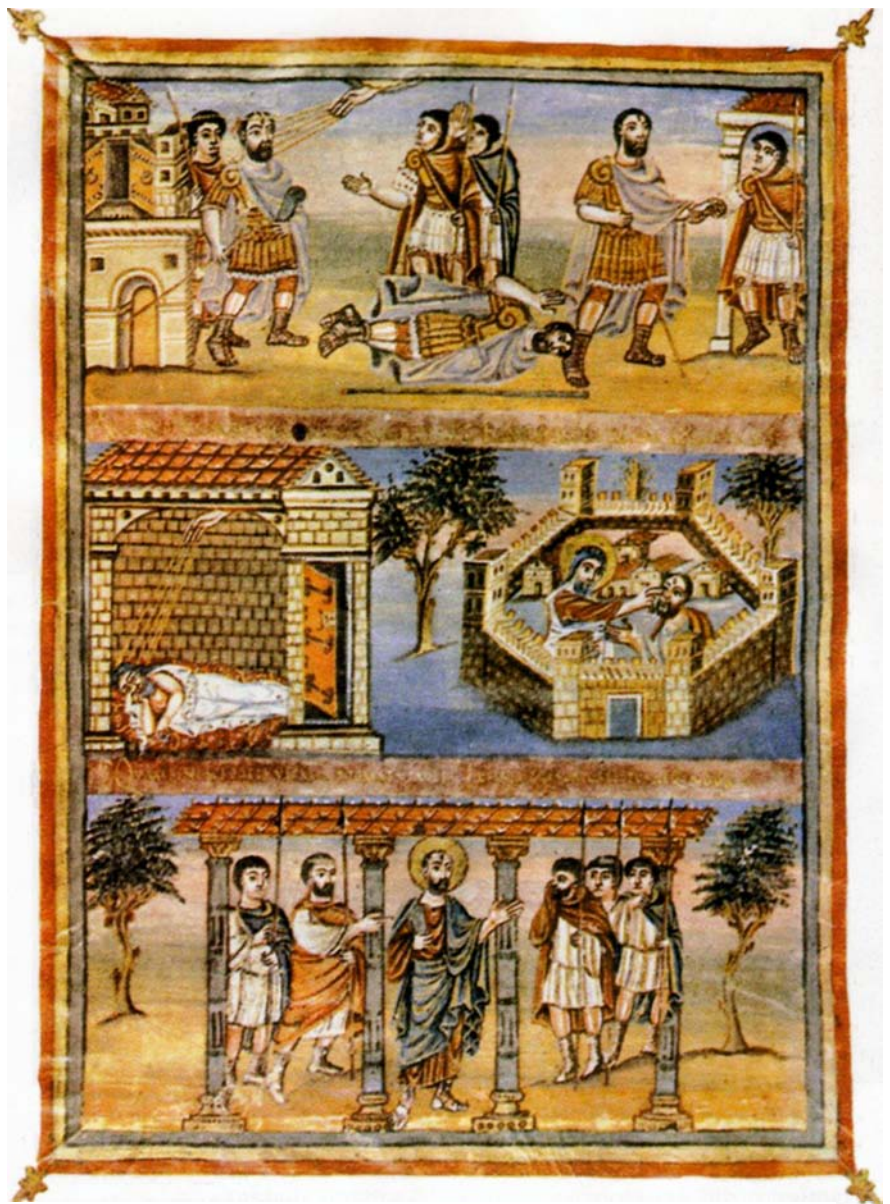
Alguna vez la «autobiografía» de Pablo es un desahogo cordial con sus comunidades, sereno, sin tensión con ellas y sin actitud defensiva; así en Flp 1,12-26 el Apóstol abre su corazón, describiéndoles la propia mística de estar encarcelado por el Evangelio y su perplejidad ante dos posibilidades inminentes que le atraen casi por igual: recuperar la libertad y volver a trabajar por el Evangelio o padecer el martirio y unirse plena y definitivamente al Resucitado.

A su amigo Filemón le pide humildemente un favor y le manifiesta sin excesivo pudor el cariño que tiene a Onésimo, su último evangelizado. En general, a todas sus comunidades les confiesa cómo las lleva en el corazón y da gracias a Dios por ellas, por su fe y caridad y por algunos otros dones especiales.

Información secundaria, pero no desdeñable

Es el caso del libro de los Hechos. Debe de haberse escrito unos 30 ó 40 años más tarde que las Cartas; es, por tanto, de época postapostólica, y, en contra de lo que durante mucho tiempo se dijo, hoy no se considera probable que su autor haya sido discípulo directo de Pablo. La situación eclesial que en Hechos se refleja es más conservadora que creativa, propia de una Iglesia que ya no vive en tensión escatológica. La desaparición de los testigos de primera hora y el aplazamiento de vuelta del Señor obligan a buscar una firme organización, a conservar cuidadosamente la herencia de los apóstoles y a estar vigilantes frente a posibles deformaciones doctrinales.

A este respecto es muy clarificadora la escena de Hch 20,17-38: Pablo en Mileto despidiéndose definitivamente de los dirigentes de



la Iglesia de Éfeso, encargándoles que conserven vivo el recuerdo del ejemplo que él les ha dejado y que se desvelen por el rebaño a ellos encomendado y lo protejan de lobos rapaces que pronto aparecerán. Aquí encontramos el delicado problema de la sucesión apostólica, la preocupación por la necesaria continuidad doctrinal y la vigilancia frente a las primeras herejías. Se trata de una Iglesia ya «muy hecha».

No cabe duda de que el autor conoce muchas tradiciones sobre

Pablo, y escribe para comunidades de origen paulino o al menos para las cuales Pablo significa mucho. Pero sus informaciones carecen del frescor e inmediatez que percibimos en las Cartas paulinas. Y la peculiar eclesiología del autor le lleva a presentar el pasado en forma un tanto edulcorada, atenuando diferencias, disimulando tensiones y creando una atmósfera comunitaria más ideal que real. Para convencerse de esto bastará comparar su «apacible» narración del «concilio» de Jerusalén (Hch

En lo referente a Pablo, la principal diferencia entre el libro de los Hechos y sus cartas consiste en su supuesta «dependencia» de Jerusalén y de los Apóstoles de la primera hora; Hechos multiplica los viajes de Pablo a la Ciudad Santa.



Pablo envía la primera carta a los Corintios. Miniatura del siglo XIII, Biblioteca Marciana, Venecia. A la izquierda: «Vida de san Pablo», miniatura del siglo XI, Biblia de Carlos el Calvo, Biblioteca Nacional, París.

15,5-31) con la que ofrece el propio Pablo (Gal 2,1-10).

En lo referente a Pablo, la principal diferencia entre Hechos y sus cartas consiste en su supuesta «dependencia» de Jerusalén y de los Apóstoles de primera hora; Hechos multiplica los viajes de Pablo a la Ciudad Santa (Hch 9,26; 11,30; ¿12,25?; 15,2; ¿18,22?;

20,16) e insiste en su contacto asiduo con los otros Apóstoles; es su peculiar forma de legitimarle. Pero Pablo afirma una y otra vez que él ha quedado legitimado directamente por Dios, sin colaboración ni mediación humana: «el Evangelio que os prediqué no lo recibí de hombre alguno, ni fui instruido por nadie, sino por una revelación de Jesucristo... No consulté a la carne ni a la sangre, ni subí a Jerusalén a donde los Apóstoles anteriores a mí...» (Gal 1,11-17).

En Hechos la narración se organiza de modo que todas las iniciativas eclesiales nazcan en Jerusalén por obra de Pedro y de los Doce, lo que relega a Pablo a un lugar que él no habría aceptado. A pesar de ser esta obra un gran panegírico a su labor como difusor del cristianismo, no se le concede el título de Apóstol, algo tan sagrado para él.

Esto no significa que la obra lucana no nos sea de utilidad para el conocimiento de Pablo y de los orígenes cristianos; a veces la fragmentariedad de las cartas queda

algo aliviada por Hechos. Sólo por este libro sabemos que Pablo era oriundo de Tarso, o que en Chipre se encontró con el procónsul Sergio Paulo (Hch 13,7-12) y en Corinto con Galión (Hch 18,12-17), hermano del filósofo Séneca. Las cartas de Pablo sólo nos informan de su actividad hasta el final de su estancia en Grecia, donde formula el propósito de viajar a Jerusalén, Roma y España (cf. Rm 15,24-29). Sólo por Hechos sabemos algo de la parcial realización de esos planes, del proceso del Apóstol en Cesarea ante los gobernadores Antonio Félix y Poncio Festo, de su viaje a Roma como prisionero, etc.

Los «cuatro viajes» en que Hechos estructura la peripecia paulina encuentran confirmación, siquiera parcial, en los escritos del Apóstol mismo. Para una reconstrucción aproximativa de la actividad de Pablo habremos de tirar obligadamente de ambos filones de información, con el indispensable sentido crítico que nos llevará a tomar, dejar y matizar. ●